



✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos (13,33-37):**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!»

EMPEZAMOS UN NUEVO AÑO LITÚRGICO

¿QUÉ ES EL ADVIENTO?

Adventus es palabra latina que podría traducirse por «llegada», «venida», «presencia». En el lenguaje antiguo indicaba la llegada de un funcionario, en particular la visita de reyes o emperadores a las provincias, pero también podía utilizarse para la aparición de una divinidad, que salía de su morada oculta y así manifestaba su poder divino: su presencia se celebraba solemnemente en el culto.

Los cristianos, al adoptar el término «Adviento», quisieron expresar la relación especial que los unía a Cristo crucificado y resucitado. Él es el Rey que, al entrar en esta pobre provincia llamada tierra, nos ha hecho el don de su visita y, después de su resurrección y ascensión al cielo, ha querido permanecer siempre con nosotros: percibimos su misteriosa presencia en la asamblea litúrgica.

Por eso al celebrar la Eucaristía, proclamamos que él no se ha retirado del mundo y no nos ha dejado solos, y, aunque no lo podamos ver y tocar como sucede con las realidades materiales y sensibles, **siempre está con nosotros y entre nosotros**; más aún, está **en** nosotros, porque puede atraer a sí y comunicar su vida a todo creyente que le abra el corazón.

Por tanto, Adviento significa hacer memoria de la primera venida del Señor en la carne, pensando ya en su vuelta definitiva; y, al mismo tiempo, significa reconocer que Cristo presente en medio de nosotros se hace nuestro compañero de viaje en la vida de la Iglesia, que celebra su misterio.

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

En el Adviento el pueblo cristiano revive un doble movimiento del espíritu: por una parte, eleva su mirada hacia la meta final de su peregrinación en la historia, que es la vuelta gloriosa del Señor Jesús; por otra, recordando con emoción su nacimiento en Belén, se arrodilla ante el pesebre. **La esperanza de los cristianos se orienta al futuro, pero está siempre bien arraigada en un acontecimiento del pasado.** En la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios nació de la Virgen María: «Nacido de mujer, nacido bajo la ley», como escribe el apóstol san Pablo (Ga 4, 4).

El Evangelio nos invita hoy a **estar vigilantes**, en espera de la última venida de Cristo: «Velad -dice Jesús-: pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa». La breve parábola del señor que se fue de viaje y de los criados a los que dejó en su lugar muestra cuán importante es estar preparados para acoger al Señor, cuando venga repentinamente. La comunidad cristiana espera con ansia su «manifestación», y el apóstol san Pablo, escribiendo a los Corintios, los exhorta a confiar en la fidelidad de Dios y a vivir de modo que se encuentren «irreprensibles» (cf. 1 Co 1, 7-9) el día del Señor.

Por eso, al inicio del Adviento, muy oportunamente la liturgia pone en nuestros labios la invocación del salmo: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (Sal 84, 8).

Podríamos decir que el Adviento es el tiempo en el que los cristianos deben despertar en su corazón la esperanza de renovar el mundo, con la ayuda de Dios.

En la GS 9 del Vaticano II se lee: «La revelación nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia (...) No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra». En efecto, recogeremos los frutos de nuestro trabajo cuando Cristo entregue al Padre su reino eterno y universal". María santísima, Virgen del Adviento, nos obtenga vivir este tiempo de gracia siendo vigilantes y laboriosos, en espera del Señor (Benedicto XVI, 27-11-2005)

PUNTOS EN LOS QUE PODEMOS MEDITAR

1. Vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. ¡Velad!

Una de las exhortaciones más insistentes y repetidas que el Señor nos hace en el Evangelio es esta de "Velad". Es decir, vigilad, estad atentos en la vida, no viváis de cualquier manera, sino como corresponde a vuestra condición de hijos de Dios que esperan nada menos que la herencia de la vida eterna en el cielo.

La Iglesia en su liturgia de hoy también no pone este evangelio. «¡Velad!». Es el llamamiento de Jesús que lo dirige no sólo a sus discípulos, sino a todos: «¡Velad!». Jesús quiere recordarnos que la vida no tiene sólo la dimensión terrena, sino que está proyectada hacia un «más allá», como una plantita que germina de la tierra y se abre hacia el cielo. Una plantita pensante, el hombre, dotada de libertad y responsabilidad, por lo que cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas de cómo ha vivido, de cómo ha utilizado sus propias capacidades: si las ha conservado para sí o las ha hecho fructificar también para el bien de los hermanos.

Por eso debo reflexionar en cómo estoy viviendo mientras peregrino en la vida hacia el cielo...

El Papa Juan Pablo II cuando fue a Czestochowa en 1991 a la Jornada mundial de la Juventud, habló precisamente a los jóvenes de lo que significaba volar, y de cómo María era gran ejemplo y nuestra gran maestra para 'velar'

«Cuántas veces Cristo ha dicho: «Velad». «Velad, y orad para que no caigáis en tentación» (Mc 14, 38). Entre todos los discípulos de Cristo, María es la primera «que vela». Es preciso que de ella aprendamos a velar, que velemos con ella: «Estoy cercano a ti, me acuerdo de ti, velo».

Y continuaba el Santo Padre: «¿Qué quiere decir "velo"?» Quiere decir: **me esfuerzo para ser un hombre de conciencia.** No apago esta conciencia y no la deformedo; llamo por su nombre al bien y al mal, no los confundo; hago crecer en mí el bien y trato de corregirme del mal, superándolo en mí mismo. Éste es el problema fundamental, que nunca se podrá disminuir, ni trasladar a un plano secundario. ¡No!, siempre y en todo lugar, se trata de un problema de primer plano. Tanto más importante, cuanto más numerosas son las circunstancias que parecen favorecer nuestra tolerancia del mal, y el hecho de que fácilmente nos absolvemos de él, particularmente si así hacen los demás...

«Velo» quiere decir, además, **veo a los otros...** Velo quiere decir: **amor al prójimo**; quiere decir: **fundamental solidaridad interhumana**».

La Virgen te dice hoy: ¡«Estoy cercana a ti, me acuerdo de ti, velo»!

Y tú, dile también desde el corazón, y con tus palabras: «Gracias Madre, por estar pendiente de mí. Por cuidarme. Por ayudarme a vivir bien, a ser un hombre de conciencia, a pasar por la vida, como tu Hijo, haciendo el bien... Tú me ayudas, y sabes lo que me cuesta. Pero cada día, sabiendo que velas por mí, quiero empezar de nuevo, sin cansarme».

2. «¡Ven, Señor Jesús!»

Esta ferviente invocación, este anhelo de Dios, lo expresaban los primeros cristianos con el corazón puesto en la venida definitiva del Salvador. Se sentían peregrinos camino del cielo.

Era su aspiración constante, y debe ser también la nuestra, porque en realidad es la aspiración de la Iglesia de todas las épocas, que anhela y se prepara para el encuentro con su Señor. «¡Ven hoy, Señor!»; ilumínanos, danos la paz, ayúdanos a vencer la violencia y el pecado en cualquiera de sus manifestaciones.

¡Ven, Señor! rezaremos con insistencia, amor y confianza especialmente en estas semanas. Los salmos nos propondrán súplicas preciosas, que invitan a lo mismo como por ejemplo esta del salmo responsorial: «Señor, ¡que brille tu rostro y nos salve!».

3. Ven, y muéstranos tu rostro de Padre misericordioso

Es el anhelo de un Dios misericordioso que se apiade de nuestra indigencia, de nuestra situación de postración en la que nos ha dejado el pecado. Isaías nos hablará de nuestro Salvador como de un padre tierno y misericordioso, que cuida de nosotros en todas las circunstancias, porque somos obra de sus manos: «Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es «Nuestro redentor» (Is 63,16).

Con emoción saboreemos la bondad del corazón de nuestro Dios inmensamente tierno y misericordioso. Nuestro Dios es un padre dispuesto a perdonar a los pecadores arrepentidos y a acoger a los que confían en su misericordia (cf. Is 64, 4). Nos habíamos alejado de él a causa del pecado, cayendo bajo el dominio de la muerte, pero él ha tenido piedad de nosotros y por su iniciativa, sin ningún mérito de nuestra parte, decidió salir a nuestro encuentro, enviando a su Hijo único como nuestro Redentor.

Ante un misterio de amor tan grande brota espontáneamente nuestro agradecimiento, y nuestra invocación se hace más confiada: «Muéstranos, Señor, hoy, en nuestro tiempo, en todas las partes del mundo, tu misericordia; haz que sintamos tu presencia y danos tu salvación».

TEXTOS COMPLEMENTARIOS

➤ Las dos venidas de Cristo (San Cirilo de Jerusalén)

Anunciamos la venida de Cristo, pero no una sola, sino también una segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del reino divino.

Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso, como la lluvia sobre el vellón; el otro, manifiesto, todavía futuro.

En la primera venida fue envuelto con fajas en el pesebre; en la segunda se revestirá de luz como vestidura. En la primera

soportó la cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado, y escoltado por un ejército de ángeles.

No pensamos, pues, tan sólo en la venida pasada; esperamos también la futura. Y habiendo proclamado en la primera: Bendito el que viene en nombre del Señor, diremos eso mismo en la segunda; y saliendo al encuentro del Señor con los ángeles, aclamaremos, adorándolo: Bendito el que viene en nombre del Señor.

El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la cruz, y les dirá: Esto hicisteis y yo callé.

Entonces, por razones de su clemente providencia, vino a enseñar a los hombres con suave persuasión; en esa otra ocasión, futura, lo quieran o no, los hombres tendrán que someterse necesariamente a su reinado. ...

Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado.

REZA CON SAN AGUSTÍN: DESEO DE GRANDE AMOR

Oh Jesús, redención, amor y deseo nuestro, yo te invoco y clamo a Ti con un clamor grande y de todo corazón te suplico que vengas a mi alma, entres en ella y unas tan estrechamente contigo que la poseas sin arruga ni mancha alguna; pues la morada en que ha de habitar un Señor tan santo como Tú, muy justo es que esté limpia.

Tú has fabricado este vaso de mi corazón; santifícalo, pues; vacíalo de la maldad que hay en él, llénalo de tu gracia, y consérvalo lleno para que sea templo perpetuo y digno de Ti.

Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, potentísimo, deseadísimos, preciosísimos, amabilísimos y hermosísimos Señor, Tú eres más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más suave que el maná, más precioso que las perlas y el oro, y más amado de mi alma que todos los tesoros y honras de la tierra.

Pero cuando digo esto, Dios mío, esperanza mía, misericordia mía, dulzura mía, ¿qué es lo que digo? Digo, Señor, lo que puedo y no digo lo que debo.

¡Oh, si yo pudiese decir lo que dicen y cantan aquellos celestiales coros de ángeles! ¡Oh cuán de buena gana me emplearía todo en tus alabanzas, y con cuánta devoción, en medio de tus predestinados, cantaría mi alma tus grandezas, y glorificaría incesantemente tu santo Nombre!

Como no hallo palabras para glorificarte dignamente te suplico no mires tanto a lo que ahora digo, cuanto a lo que deseo decir.

Bien sabes, Dios mío, a quien todos los corazones están manifiestos, que yo te amo y te quiero más que al cielo y a la tierra y a todas las cosas que hay en ellas. Yo te amo con grande amor y deseo amarte más.

Dame gracia para que siempre te ame cuanto deseo y debo, para que en Ti sólo me desvele y medite, en Ti. Piense continuamente de día; en Ti sueñe de noche; contigo hable mi espíritu, y mi alma siempre platique contigo.

Ilumina mi corazón con la luz de tu santa visitación, para que, con tu gracia y tu guía, camine yo de virtud en virtud.

Te suplico, Señor, por tus misericordias, con las cuales me libraste de la muerte eterna, que ablandes mi corazón, y me abrasas con el fuego de la compunción, de manera que merezca yo ser cada hora tu hostia viva.